

ALFONSO SOLIS

CONJURA
EN TOLEDO

El rey godo Wamba se encuentra en el ocaso de su reinado, pero aún cuenta con el suficiente vigor y energía, para aventurarse en ambiciosos proyectos que afectarán a los intereses tanto de la nobleza, como del clero. Ideas descabelladas para unos, propósitos encomiables para otros, al que no le faltarán tanto detractores como seguidores, que verán en ellos una excelente oportunidad, para prosperar en una corte enfrentada y dividida.

Conjura en Toledo es un recorrido histórico de los últimos años en la vida del rey Wamba, monarca que sofocó revueltas y conspiraciones durante la mayor parte de su reinado. Describe con rigor las luchas de poder entre los nobles y la influencia del clero en la política y en la sociedad de Hispania.

*A Manolo, mi suegro,
por su cariño, apoyo y por
tratarme como a uno más de sus hijos*

CAPÍTULO I

El rey se hallaba en la sala del trono sentado frente a la chimenea, con la mirada perdida en el fuego, observando como los leños eran lentamente devorados por las llamas. La sala se encontraba casi en penumbra, siendo apenas iluminada por la sinuosa luz que proyectaban caprichosas llamas. Mesaba pensativo su blanca melena de la que sobresalían dispersas hebras de color cobre, lejana reminiscencia de la dorada cabellera que lució en sus años de juventud. Sus ojos estaban hundidos tras unas macilentas bolsas que colgaban lacias sobre una mejilla oculta tras una frondosa y blanca barba. Wamba se hallaba cansado, abrumado por el enorme peso que cargaba sobre su extenuada espalda. Necesitaba reflexionar y, sobre todo, alejarse, aunque fueran por unos breves instantes, de las inconmensurables obligaciones que implicaba ser portador de la tiara real. Y estimaba sobremanera aquellos momentos en los que se encontraba acompañado solo de sus pensamientos, alejado de los nobles y de los clérigos que infestaban la corte de Toledo al igual que una devastadora plaga de langostas. Wamba sabía que había perdido gran parte del favor de los notables del reino. Sus decisiones, aunque las consideraba acertadas, no habían sido de su agrado. Incluso a sus oídos llegaron rumores procedentes de las más altas instancias eclesiásticas y nobiliarias que aseguraban que la senectud propia de su edad había mermado su capacidad de entendimiento, convirtiéndose en un peligro para el país. Pero Wamba era el rey de Hispa-

nia, el legítimo monarca proclamado mediante elección por los ilustres y obispos, como dicta la ley germana, y no se dejaría amilantar por un puñado de jóvenes e impulsivos nobles o por una jauría de codiciosos obispos, ávidos de poder y fortuna. Wamba arrugó el gesto en señal de desagrado cuando a su mente afloró la imagen de alguno de dichos clérigos. Como aquellos obispos galos, que no tardaron en apoyar el levantamiento secesionista del *dux* Paulo. Incluso el traidor se atrevió a cometer la intolerable insolencia de ser ungido rey de la Narbonense por Ranimiro, el clérigo que usurpó el obispado de Nimes a Aregius, al negarse este a secundar la revuelta. Una amarga sonrisa asomó a sus labios cuando recordó como, una vez sofocada la rebelión, su traicionera eminencia se arrastró cobardemente a sus pies y abrazándole las rodillas le suplicaba por su vida, alegando que el felón de Paulo le había amenazado con la muerte si no accedía a su pretensión de coronarse rey.

—Clérigos cobardes —musitó—, siempre invadidos por una insaciable sed de poder. Más preocupados en rodearse de esclavos y concubinas que en extender los Evangelios. Se arrastran como serpientes y te susurran al oído como viejas alcahuetas con el propósito de que te pliegues a sus deseos bajo la inclemente amenaza de la excomunión.

Se arrebujó en la manta pues, aunque el fuego era vigoroso, un inquietante escalofrío recorrió su cuerpo. Instintivamente miró a su espalda, esperando ver la siniestra figura de la Muerte reclamando su alma, pero se encontró con la silente imagen del *comes* Ervigio.

—¡Ah, sois vos, mi fiel amigo! No os había oído entrar. Venid y sentaos a mi lado. Compartid conmigo este momento de quietud y de paz, y distraedme con los rumores malintencionados que fluyen como ríos desbocados por la corte —dijo el rey, haciéndole con un gesto con la mano.

—Espero no haberos asustado, mi señor —dijo Ervigio, inclinando la cabeza.

—A mi edad hay pocas cosas que puedan asustarme y, por desgracia, aún menos que puedan satisfacerme. Me he vuelto un anciano suspicaz y cauteloso, reacio a las asambleas y celebraciones. Me siento cómodo y afortunado cuando me hayo a solas, o en compañía de buenos amigos como vos o Quirico, uno de los pocos clérigos que gozan de mi simpatía y admiración. A decir verdad, creo que siempre he exhibido un pésimo carácter.

Ervigio cogió un escabel y tomó asiento al lado del rey. El comes era un hombre de unos treinta años de edad de cabellos rubios y barba rasurada. Su rostro dibujaba rasgos bien parecidos que delataban sus orígenes griegos. Era el hijo de Ardabasto, un magnate bizantino exiliado de Constantinopla tras la muerte del emperador Heraclio, y de Glaswintha, hermana del fallecido rey Recesvinto, quien le había favorecido con extensas posesiones y valiosos regalos, ofreciéndole incluso la mano de su hermana. Apoyado por tan insigne rey, no tardó en medrar en la corte de Toledo alcanzando la dignidad de conde palatino.

—La desconfianza y la prevención, cuando hablamos de un rey goda, no son defectos, sino estimables virtudes, pues la historia está empeñada en demostrarnos que los grandes hombres siempre aparecen acompañados de aduladores y zalameros, que prosperan bajo la sombra del monarca como las malas hierbas crecen en un huerto descuidado.

—Malas hierbas como la hiedra, que rodea el árbol en el que habita hasta que lo estrangula provocando su muerte —rezongó el rey con gesto adusto, sin apartar la mirada del fuego.

Ervigio se lamió los labios, inquieto. Aunque disfrutaba del favor del rey, es bien sabido que la voluntad de los monarcas es tan voluble como la dirección del viento durante la tempestad, y que basta el más mínimo rumor o sospecha para que la más sincera amistad se torne en el

más enardecido odio y hostilidad. El conde oprimió sus sudorosas manos agradeciendo que el rey permaneciera con la mirada fija en la hoguera. Se disponía a intervenir, desviando la conversación hacia otros asuntos más cercanos a sus propios intereses, cuando el rey se le adelantó.

–Vuestro padre, Ardabasto, era un gran hombre. Sí que lo era –el rey giró su rostro y le miró–. Os concedió una esmerada formación, pues es por todos conocido que los ilustres griegos consideran que el resto de pueblos y naciones están habitados únicamente por rebaños de brutos e incapaces iletrados. No, no digáis nada. –Ervigio se disponía a protestar, pero el rey se lo impidió levantando la mano–. No le faltaba razón a vuestro padre. Este país necesita de hombres sabios y cultos, como los griegos. Es cierto que disfrutamos de la sabiduría de ciertos eruditos, como el propio arzobispo Quirico, o su prometedor asistente el presbítero Julián, o si nos alejamos un poco más en el tiempo, el arzobispo Isidoro de Sevilla o Ildefonso de Toledo. Grandes eminencias en el mundo de las letras, pero clérigos al fin y al cabo y sus ideas no dejan de estar enmarcadas y condicionadas por el cristianismo.

A Ervigio le sorprendió que el rey pronunciara una afirmación que rondaba la blasfemia y, astuto como era, adivinó que sentía cierto resquemor hacia la Iglesia católica. Intentó aprovechar la senda abierta por Wamba, para ahondar más en la brecha que separaba a la Corona de la Iglesia.

–Mis orígenes son griegos, es cierto –comenzó a decir –, pero la sangre de los reyes godos transita vigorosa por mis venas, pues mi madre Glaswintha era hermana del rey Recesvinto e hija del rey Chindasvinto, Dios le perdone por sus infinitos pecados y terribles crímenes –añadió, contemplando con agrado como el rey sonreía, pues fue Chindasvinto, quien derrocó y decalvó al rey Tulga, el padre de Wamba–. Y me siento más godo que griego, pues aquí he nacido y entre godos me he criado. Si mi señor

me permite hablar con franqueza –hizo una pausa hasta que el rey le concedió permiso con un leve asentimiento–, el poder de la Iglesia católica no ha dejado de crecer desde que el rey Recadero abrazara la fe trinitaria hace casi cien años. Con el arrianismo –prosiguió Ervigio, incorporándose del escabel y comenzando a pasear por la sala del trono, sin dejar de lanzar discretas miradas de soslayo hacia el rey, con el propósito de escrutar hasta qué punto podía desarrollar su discurso sin ofender su fe católica–, los clérigos propugnaban la Palabra de Jesucristo, pero era la palabra de un hombre, excelso y sublime bien es cierto, pero no era más que el representante de Dios Padre en la tierra. Los clérigos arrianos administraban los sacramentos y dirigían las oraciones de los fieles, pero no se inmiscuían en sus conciencias, ni criticaban sus comportamientos. No tenían autoridad para condenarles a los infiernos o salvarles de ellos. Pero ahora... –hizo una pausa y negó con la cabeza como si un profundo pesar invadiera su espíritu– los clérigos católicos se erigen como representantes de Dios, como bien se encargan de recordarnos en sus homilías y, por lo tanto, se consideran superiores al resto de los hombres. No les basta con administrar los sacramentos, sino que perseveran en dirigir nuestras conciencias, incluso en aquellos aspectos que en nada tienen que ver con la fe, amenazando con excomulgar a los que no se pliegan a sus imposiciones. Es bien distinto sentirse poseedor de la Palabra de un hombre, como antes sucedía con los clérigos arrianos, a disfrutar de la prerrogativa de considerarse portavoz de la Palabra de Dios, como sucede ahora con los católicos. Este hecho, ha corrompido a los obispos de la Iglesia hasta el punto de considerarse por encima del monarca, como si ellos solo fueran responsables de sus excesos y atropellos ante Dios, y no ante las leyes de los hombres. El poder desmesurado corrompe la voluntad de los hombres más compasivos y pia-

dosos, al igual que un cesto de manzanas se pudre bajo los ardientes rayos de sol.

El *comes* hizo una pausa escrutando hasta qué punto se habría extralimitado en su discurso, pero se relajó cuando contempló que el rey asentía levemente y arrugaba los labios meditabundo, como si estuviera rumiando sus palabras. Envalentonado al considerar que disfrutaba de la aprobación del monarca, prosiguió su arremetida contra la Iglesia católica.

–La Iglesia tiene un papel nada desdeñable en el Estado, pero no es el Estado –prosiguió–, solo el rey lo es. Aunque no sean pocos los *seniores gothorum* y altas dignidades del clero que opinan lo contrario –soltó un largo y sentido suspiro, y en un susurro, como si hablara para sí mismo, añadió–: Quizá nuestra Iglesia debería ser depurada desde sus cimientos, arrojando de su seno a aquellos clérigos y obispos que, amparados bajo su divina protección, cometen infames pecados y horrendos crímenes.

Lanzó al rey una mirada de soslayo y apretó los labios en un intento de ocultar la sonrisa que luchaba por asomar. Había sembrado en el monarca la semilla de la duda y de la confusión, y ahora solo debía esperar a que germinara, floreciera y le concediera el fruto que tanto ambicionaba.

–Oh, mi rey –dijo apesadumbrado, arrojándose con gesto teatral a los pies de Wamba y besando sus manos–. Os he abrumado con mis palabras. Olvidadlas, os lo ruego.

El rey posó su mano sobre la cabeza del *comes* y dijo:

–En Hispania se está librando una dura y despiadada guerra entre el bien y el mal. Es una guerra muda, silenciosa, carece del estallido metálico de las espadas, los desgarradores gritos de dolor y de los salvajes aullidos de furia, que de común inundan los campos de batalla. Pero no por ello es menos cruenta. Es una guerra en la que todos, que-

ramos o no, tomamos parte, luchando en un bando o en otro, en virtud de nuestras decisiones y comportamientos.

El rey desvió la mirada hacia Ervigio, que continuaba postrado a sus pies, con la cabeza hundida en su brazo izquierdo mientras Wamba le acariciaba el cabello con su mano derecha como si se tratara del más fiel de sus perros de caza.

—¿Y vos, Ervigio? ¿En qué bando lucharéis?

El *comes* levantó el rostro y mirándole a los ojos con fría determinación, respondió:

—Siempre permaneceré junto a mi rey, pues mi señor representa la justicia y la sabiduría.

Wamba intentó escrutar en sus ojos la verdad de sus palabras, pues se trataba de un rey prudente que no regalaba sus favores a quién no considerara merecedores de ellos. Mas los ojos del conde revelaban una fidelidad inquebrantable rayando en la más profunda admiración y devoción, pues tales eran los sentimientos que Ervigio intentaba trasmitir y que el anciano rey, debido a la oscuridad que anegaba la sala del trono o a sus propios deseos, así interpretó. En el ocaso de un rey, cuando los nobles revolotean ansiosos por la corte como los buitres vuelan sobre los despojos de un animal muerto, una muestra de férrea fidelidad y de desinteresada amistad, es como un poderoso rayo de luz que espanta a tan ácidas aves, llenando de gozo y esperanza su solitario corazón.

El conde palatino apartó la vista incapaz de aguantar la mirada de Wamba y volvió a ocultar su rostro en su regazo. Pero tal gesto le pasó desapercibido al anciano rey, que continuó acariciando sus cabellos al tiempo que asentía con los ojos entornados. Su mente se hallaba más despierta que nunca y su voluntad presta a tomar determinantes decisiones que afectarían, sin lugar a duda, al devenir del reino.

CAPÍTULO II

Los perros ladraban y aullaban furibundos persiguiendo al jabalí. Detrás, y seguido por media docena de siervos que corrían sin aliento, galopaba Ervigio lanza en ristre dispuesto a dar caza al animal. Se trataba de su pasatiempo favorito; la caza con lanza. Era más común entre los nobles de la corte el uso del certero arco en esos menesteres, pero el comes disfrutaba de la persecución que dejaba al animal exhausto y presto a ser mortalmente hendido por la pica. Hacía sol y una suave brisa refrescaba su sudorosa frente, pues ya llevaban largas horas de caza hasta que el olor del desafortunado jabalí se cruzó con el implacable olfato de sus perros, que raudos iniciaron la búsqueda de su origen hasta que dieron con un enorme macho de enroscadas y terribles defensas.

El jabalí se encontraba agotado, incapaz de continuar con la huida. Se detuvo y bufando como un toro en celo, se encaró a los perros amenazándoles con sus colmillos. Los molosos le rodearon y gruñeron mostrando sus afilados dientes, pero no intentaron atacarle. Su cometido había terminado y ellos, sagaces animales bien adiestrados en el arte de la caza, lo sabían. Había llegado el momento de que su amo interviniera poniendo fin a la jornada. Ervigio apuntó la pica hacia su presa y espoleó a la montura, dispuesto a darle muerte. Los siervos, jadeantes y exhaustos, se mantenían a una distancia prudencial del jabalí: era su señor Ervigio quien montaba en el alazán y portaba una briosa lanza. Ellos no debían asumir riesgos innecesarios

que poca gloria les acarrearía y si, quizá, un mal encarado revolcón que dejara sus cuerpos magullados y algunos huesos quebrados, en el mejor de los casos. El triunfo y la gloria se la cederían al godo, que ellos bien se contentarían con degustar la carne que su generoso señor les concedería como pago a sus servicios.

El animal, que intuyó las intenciones del conde, miró a su derecha y, con sus últimas fuerzas, corrió hacia el perro que, según su propio criterio, sería más fácil de investir. Pero el moloso era valiente y no se amilanó ante el desesperado ataque del jabalí, sino que se abalanzó sobre él gruñendo, más para conferirle valor a sí mismo que para amedrentar a su adversario. Ervigio, que se encontraba a pocos pasos, agarró con fuerza la lanza y la apuntó hacia su lomo. El jabalí envistió al perro abriéndole en canal al tiempo que lo lanzaba por los aires. El animal cayó medio muerto al suelo profiriendo lastimosos quejidos, envuelto por sus propias tripas, a modo de siniestra mortaja. Y en el bosque resonó el agudo chillido del jabalí, espantando a una bandada de negras cornejas, cuando Ervigio, con un certero puyazo, atravesó su curtida piel tiñéndola de su propia sangre.

El conde descabalgó, desenfundó su espada y remató al animal que resoplaba con fuerza con los ojos desorbitados por el profundo dolor. Luego se acercó al perro, que yacía inmóvil, muerto por el feroz ataque del jabalí.

—Un perro valiente —oyó decir a sus espaldas.

Ervigio sonrió y dijo:

—Temerario, diría yo.

Desde su montura, observando los restos del animal, se encontraba el *comes* Requisindo acompañado de Vitulo, el señor de Monterroso. Requisindo era conde palatino y respetado miembro del séquito real. Amigo de Ervigio desde la niñez, contaba con unos treinta años y, aunque carecía de las ambiciones políticas del griego, era amigo de los lujos y asiduo visitantes de los lupanares de Toledo,

donde había coincidido en más de una ocasión con señalados clérigos de alto rango de la administración eclesiástica, granjeándose un círculo de amistades que bien le pudieran ser de utilidad en el futuro, pues es bien sabido que la amistad que nace en los prostíbulos, tiene un precio que, tarde o temprano, es preciso liquidar. De rostro rasurado y abundante melena rubia, tenía los ojos claros y despiertos propios de un sagaz negociador. Se desenvolvía por los recovecos de la corte con la habilidad de una escurridiza anguila, anotando en su privilegiada memoria, cada gesto, conversación o murmullo que llegaba a sus sentidos. Vitulo era un hispano de cabello corto y negro como el ala de cuervo. Su rostro, bien dibujado, exhibía una barba hirsuta que él se preocupaba en adecentar. Había heredado el título de señor de Monterroso a una tierna edad, lo que le obligó a madurar antes de lo que dicta la prudencia. Joven inteligente y dotado para las finanzas, pronto prodigó largas estancias en Toledo entrando en contacto con nobles y clérigos, que requerían de sus conocimientos para ayudarles en las gestiones económicas de sus inversiones y haciendas. Vitulo, siempre con una sonrisa en los labios, se ofrecía gustoso a tales trámites y encargos, pues no era necio y gracias a su desinteresada labor, llegó a conocer la situación económica y el estado de las propiedades de no pocos nobles y eclesiásticos. Una información muy útil y que no debía desdeñar de cara al futuro.

–Sea como sea, fiel a su señor, aunque ello le cueste la vida –intervino Vitulo.

Ervigio sonrió y dijo:

–Al igual que nosotros...

Los tres nobles intercambiaron una mirada cómplice y estallaron en una sonada risotada.

–Os esperaba en mi hacienda –dijo Ervigio, montando en su alazán–, dando buena cuenta de mis vinos.

Los siervos se hicieron cargo del jabalí y los tres nobles emprendieron el camino a las propiedades del conde. Al perro muerto lo dejaron abandonado, para que fuera pasto de las alimañas que habitan el bosque. Ya no era útil a su amo y señor.

–Y hacía allí nos dirigimos, pero tu mayordomo nos informó de que habías ido de caza –comenzó a decir Requisindo–. No nos pareció digno embriagarnos en ausencia de nuestro anfitrión y decidimos ir a buscarte.

–No fue difícil dar contigo siguiendo el ladrido de tus perros –intervino Vitulo.

–Ni los fatigados resoplidos de tus perezosos hispanos –rezongó entre risas Requisindo, echando la vista atrás para contemplar como los sudorosos y agotados siervos portaban con dificultad su pesada carga.

Los siervos, que escucharon la mofa del godo, bajaron la vista y reprimieron un gesto de desagrado. Ellos eran simples sirvientes hispanos de origen romano y sus señores ilustres, godos. Apenas un puñado de guerreros con espada dominaba con brazo de hierro a una población nativa muy superior en número, pero débil y sumisa. Así había sido siempre desde que aquellos bárbaros, huyendo de los temibles hunos, cruzaron las fronteras del Imperio romano y, tras largos años de alianzas y guerras, finalmente arrebataron a Roma la joya del Imperio. Vitulo no rio la chanza de su amigo. Miró con pesar a aquellos hombres y negó con la cabeza.

–Regresemos a la villa y disfrutemos de varias jarras de buen vino. Tenemos mucho que celebrar, amigo Vitulo –dijo Ervigio, observando el semblante serio y contraído del señor de Monterroso.

La villa de Ervigio se encontraba a pocas millas de la *Urbs* regia, lo que le permitía tanto alejarse de la corte, cuando lo consideraba oportuno y necesario, como acudir a ella con presteza, si así lo dictaban las circunstancias. Se trataba de una antigua villa romana, regalo de bodas del

rey Recesvinto por su matrimonio con su hermana Liuvigoto.

Tomaron asiento en unos cómodos triclinios y varios sirvientes acudieron prestos con jofainas y toallas para que pudieran desprenderse del polvo del camino. Al poco acudieron tres hermosas sirvientas portando bandejas con vino y fruta. Los tres nobles se sirvieron y Ervigio las despidió con un gesto desdeñoso. Requisindo miró a una con avidez y a sus labios asomó una sonrisa lasciva.

—¿Es del conocimiento de la señora Liuvigoto que te rodeas de tan bellas sirvientas? —preguntó, sin dejar de contemplar el sugerente contoneo de la sirvienta.

—Mi amada esposa apenas aparece por aquí —respondió el conde—. Es hija y hermana de reyes, y solo encuentra respirable el saturado aire de la corte de Toledo. Apenas cruza sus murallas, se ahoga, su rostro palidece y sus ojos amenazan con salirsele de las órbitas. Comienza entonces a fustigar con vehemencia a los siervos que portan la silla gestatoria para que den la vuelta y regresen a nuestro palacio. Allí se encuentra segura y confiada, rodeada de sus damas y de honorables señoras de lengua viperina, que murmuran y encizañan unas contra otras en un juego que, por lo demás, a ellas les parece entretenido y a nosotros, sus esposos, de lo más inofensivo —bebió un trago de vino y prosiguió—. No voy a decir que tal comportamiento me incomoda, sino todo lo contrario. Esta hacienda es mi refugio, mi remanso de paz. Aquí me oculto no solo de las abrumadoras peticiones de mis patrocinos, sino también de ella y de sus comentarios maliciosos —añadió, rompiendo en una sonora carcajada.

—Es mujer —intervino Requisindo, que ya había perdido de vista a la hermosa sirvienta—, y pocos entretenimientos tienen salvo el uso de su natural habilidad para desatar fútiles intrigas y pueriles enredos. No debemos culparlas del más uso que hacen del prodigo tiempo del que disponen.